

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

Algunas consideraciones sobre la historiografía actual desde una aproximación polemológica a un siglo de conflictos

Resumen

Tomando como base la obra *La historia como campo de batalla* del historiador Enzo Traverso, este artículo presenta una reflexión sobre las relaciones entre intelectualidad y política, sus paradojas y contradicciones en la “era de los extremos” (Hobsbawm) así como la conexión entre las guerras totales, los genocidios y el advenimiento de la “guerra civil mundial” sin fines ni límites definidos. Acentuando, además, la importancia de la historización y la necesidad de objetividad ante el predominio de la memoria en la historiografía actual. Para ello, completamos las ideas orientadoras y motivadoras de Traverso con otros aportes bibliográficos específicos y conclusiones propias.

Palabras clave: Historiografía - Intelectuales - Guerra - Genocidio - Historización

Some considerations on current historiography from a polemological approach to a century of conflict

Abstract

Based on the work *History as a battlefield* (spanish edition) of the historian Enzo Traverso, this article presents a reflection on the relations between intellectuality and politics, its paradoxes and contradictions in the “era of extremes” (Hobsbawm) as well as the connection between total wars, genocides and the advent of the “world civil war” without definite ends or limits. Furthermore, emphasizing the importance of historicization and the need for objectivity in the face of the predominance of memory in current historiography. For this, we complete the orienting and motivating ideas of Traverso with other bibliographical main contributions and our own conclusions.

Prof. Horacio Cagni
UNTREF-CONICET
horacan@hotmail.com

Keywords: Historiography - Intellectuals - War - Genocide - Historicization

Algunas consideraciones sobre la historiografía actual desde una aproximación polemológica a un siglo de conflictos

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

A manera de introducción a la temática

La introducción en las ciencias sociales de conceptos como “el siglo XX corto” y “la era de los extremos” por el historiador Eric Hobsbawm, producto de una aguda reflexión sobre la época comprendida entre el estallido de la Gran Guerra y el fin del bipolarismo, constituye una ruptura en el pensamiento historiográfico de los últimos cien años.¹

Por su carácter simbólico, la caída del Muro de Berlín en 1989, seguido de la autoimplosión de la Unión Soviética y el consecuente final del orden bipolar surgido del desenlace de la Segunda Guerra Mundial, inaugura un momento especial, la clausura de una época y la apertura de otra nueva. La magnitud de este cambio se traduce en un profundo cuestionamiento de la historiografía, no sólo de sus paradigmas sino de sus temas y áreas de abordaje, incluso en la metodología empleada.

A diferencia del predominio del análisis de los textos y documentos enmarcados en los hechos dentro de una “larga duración”, con el fin de la Guerra fría y la apertura de archivos y el relevamiento de testimonios hasta entonces postergados, se entronizó a la memoria como principal objeto de la reflexión e investigación históricas, hasta constituirse en un nuevo paradigma en las últimas décadas del pasado siglo XX. El debate entre memoria e historización inicial de entonces -particularmente aplicado a una era de conflictos- sigue plenamente vigente en nuestros días.

El historiador Enzo Traverso (1957) es uno de los más notorios estudiosos de la historia de las ideas de la actualidad.² Traverso, visiblemente influido por Eric Hobsbawm, en su relevante obra *La historia como campo de batalla* -única entre tantas contribuciones suyas que nos ocupa en este artículo- realiza una revisión amplia y crítica del debate historiográfico a partir de la segunda posguerra. Traverso reconoce su deuda con Reinhart Koselleck y

¹ Eric Hobsbawm: *Historia del Siglo XX. Crítica*/Grijalbo Mondadori, Buenos Aires 1998. El título original es más preciso: *Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991*. Random House, London 1994.

² La especialidad de Traverso es la filosofía, particularmente la judeo-alemana, el antisemitismo, el nazifascismo, las guerras mundiales y la Europa de entreguerras. Catedrático de la Ecole des Hautes Etudes et Sciences Sociales, actualmente enseña en la Cornell University, en los Estados Unidos, y es profesor invitado de numerosas instituciones académicas en todo el mundo. En ocasión de una jornada de reflexión sobre este pensador realizada en el Centro de Estudios sobre la Guerra del Instituto Ravignani de la Universidad de Buenos Aires, fue analizada la obra *La Historia como Campo de Batalla. Interpretar las violencias del Siglo XX* -Fondo de Cultura Económica, Méjico 2012- que luego dio lugar a una exposición en el Coloquio Internacional realizado en el Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones sobre América Latina de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en conjunto con el Instituto de Artes y Ciencias de la Diversidad Cultural de la Universidad Nacional de Tres

Prof. Horacio Cagni
UNTREF-CONICET
horacan@hotmail.com

su historia de los conceptos, así como con la metodología de Arno Mayer y las reflexiones sobre el sentido de la historia de Walter Benjamin.

Para Traverso, resulta crucial atender ciertas reglas metodológicas. La primera la de la *contextualización*: situar un acontecimiento en su contexto específico, espacial, temporal y social-, luego el historicismo -abordar hechos e ideas en su evolución en un proceso histórico, diferente del historicismo determinista positivista-, el *comparatismo* -comparar acontecimientos, contextos, épocas e ideas- y la *conceptualización*, traducir lo real por medio de conceptos. En sus obras, y es un sesgo marcado de su reflexión, este autor gusta de relevar la importancia de la coexistencia de los conceptos de la historia real con el relato histórico.³

Traverso en el libro que tratamos pasa revista a la producción intelectual de escritores reconocidos como Francois Furet y Arno Mayer, con sus aportes sobre las revoluciones, George Mosse, Zeev Steernhell y Emilio Gentile y el debate sobre modernidad y fascismo, Martin Broszat y Saul Friedlander y la controversia sobre el nazismo, los distintos autores de la *Shoah*, y finalmente Michel Foucault y Giorgio Agamben y los usos de la historiografía. Todos ellos especialistas en la historia del siglo XX en sus aspectos filosóficos e ideológicos más controvertidos, con abordajes y puntos de vista muy diversos. Un rasgo significativo en esta obra es la relación entre memoria e historicidad, temática candente en los tiempos actuales y a la que el autor otorga especial importancia.

Las paradojas de la intelectualidad ante “los extremos”

Traverso nos introduce a un aspecto candente de la historiografía, la conducta paradójica de muchos intelectuales ante los acontecimientos vividos y/o estudiados de un siglo de violencia, y el consiguiente debate de ideas y toma de posiciones. Un aspecto muy evidente en la modernidad-posmodernidad sobre el cual se ha escrito mucho: la relación entre intelectuales, ideología y política. La historiografía se ha orientado mayormente, casi de

de Febrero, donde fue invitado el propio Traverso, quien dictó un seminario a fines de 2016. El libro al que se hace referencia, en particular el capítulo séptimo, nos sirve como base para profundizar en este ensayo una reflexión sobre las relaciones entre intelectualidad, política y conflicto, así como la conexión entre la guerra total, los genocidios y el advenimiento de la guerra civil mundial. Para ello, complementamos las ideas motivadoras de Traverso con otros aportes bibliográficos y conclusiones propias. En noviembre de 2018 volvimos a encontrar al profesor italo-francés en Buenos Aires, en esta ocasión presentando su libro sobre “la melancolía de izquierdas”, que no será motivo de este ensayo.

³Traverso explícitamente señala que no consagra su estudio a la memoria de las violencias de la guerra, pero reconoce que inevitablemente, al igual que todo análisis histórico, sus inquietudes y reflexiones fueron orientadas por una memoria parcial. No como testigo, pues mu-

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

modo exclusivo, al análisis de las relaciones entre la intelectualidad y los sistemas comunista y nazifascista, particularmente el estalinismo y el hitlerismo.⁴ Pero de ningún modo se agota en dichos fenómenos históricos.

Luego de la segunda posguerra, Hanna Arendt ha relevado la responsabilidad que la intelectualidad de las potencias imperialistas del siglo XIX ha tenido en la formación de una ideología y doctrina racistas de justificación de la empresa colonial. El racismo comienza a cobrar ímpetu desde la conformación del Estado nación moderno, aunque no fue nacionalista sino transversal a todas las naciones, superando fronteras geográficas, lingüísticas y de tradición. Los teóricos pioneros del racismo fueron franceses e ingleses, antes de su culminación con los pangermanistas racistas que finalizará en la construcción del Tercer Reich. La mentalidad racista de la colonización inglesa se basó en la “misión nacional” del Imperio Británico, la creencia en la diferencia de razas y la supremacía racial blanca como determinante de la historia y la política. Disraeli fue un arquetipo, pues cortó los lazos de Gran Bretaña con el continente, entronizando a la India como piedra angular del Imperio, creando una aristocracia racista de dominación de ese vasto espacio.⁵

Las fronteras políticas y geopolíticas del Imperio Británico coincidieron con la expansión en sentido misional y cuasi-religioso en la “puja por África”. A fines del siglo XIX las potencias colonialistas europeas colisionaban en un continente cuya población apenas era considerada. Peor aún, la empresa colonial basada en la supremacía blanca derivaría hacia un genocidio desembozado, como ocurrió en el Congo del rey Leopoldo de Bélgica.⁶ Las “fronteras del miedo”, inseguras y siempre nuevas del Imperio Británico eran las fronteras no sólo políticas sino psicológicas del mundo colonialista blanco.⁷ La convocatoria imperial ante la guerra anglobóer se vio acompañada de un temperamento imperialista donde la élite victoriana creía en una misión divina, otorgada por Dios para sostener al Imperio en nombre de Cristo.⁸

chos acontecimientos le precedieron, sino como posmemoria o memoria colectiva de la cual un individuo se nutre. Enzo Traverso: *A sangre y fuego. De la guerra civil europea 1914-1945*. Prometeo, Buenos Aires 2009, pgs. 20-21. Esta importante obra, por razones de orientación y espacio, no es objeto de este artículo.

⁴La bibliografía al respecto es innumerable. Nos hemos ocupado reiteradamente del tema con anterioridad en muchos artículos en diversas publicaciones de especialidad.

⁵Hanna Arendt: *Los orígenes del totalitarismo. 2-Imperialismo*. Alianza, Madrid 1968, pg. 247. Rudyard Kipling, poeta del Imperio, se refería a la empresa colonial y más concretamente al rol inglés en la India, como “la pesada carga del hombre blanco”.

⁶Al respecto nuestro artículo “Literatura, colonialismo y genocidio en África”. *Contra-relatos desde el Sur*. Universidad Nacional de Córdoba-CONICET, Vol. VIII, N° 9, pgs. 67-99.

Prof. Horacio Cagni
UNTREF-CONICET
horacan@hotmail.com

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

De la mano de escritores como el francés Eduard Drumont y el inglés Houston Stewart Chamberlain las teorías racistas entraron en Alemania, donde el terreno había sido abonado por el romanticismo y su visión de la antigüedad clásica, encontrándose con la exaltación del *Volk* y la recuperación de los mitos germanos de Richard Wagner. Esta mezcla explosiva culminó en la nacionalización de las masas y el nacionalsocialismo, que también creía tener una misión salvífica donde el judío entraba como antitipo.⁹

Los intelectuales de fuste que, al menos al principio y en mayor o menor grado, apoyaron al nacionalsocialismo -como Oswald Spengler, Martin Heidegger, Carl Schmitt y Gerhard Kittel- eran ante todo críticos de la modernidad, a la que consideraban materialismo vulgar y expresión de un mundo desarraigado sin valores genuinos. Pero posteriormente se decepcionaron, pues para ellos el nuevo Reich no sólo no solucionaba los problemas de la modernidad sino que añadía otros. En realidad, el proceso de concientización antisemita lo llevaron adelante pensadores de segundo orden y cuadros burocráticos doctrinariamente formados convertidos precisamente en “la masa” que aquellos despreciaban.¹⁰

Si bien muchos escritores que apoyaron al nazismo fueron oportunistas -los mismos que propiciaron levantar un monumento a Heine en 1932 un año después firmaron el juramento de lealtad al nuevo canciller Adolf Hitler- la mayoría adhirió por una convicción derivada de causas profundas. La vieja corriente romántica esteticista tuvo mucha influencia. La actitud estética correspondía a un sentimiento de rechazo hacia el materialismo de la sociedad contemporánea, así como la distancia respecto del hombre común y la trivialidad cotidiana, que luego de la Gran Guerra llevó al desprecio por la democracia y el apelativo a un hombre nuevo en un nuevo orden.

Nadie podía predecir el futuro ni hasta donde llegarían los acontecimientos en la Alemania salida de las heridas del primer conflicto mundial. Al salón literario del editor Hugo Bruckmann y su esposa Elsa concurrió la flor y nata de la intelectualidad alemana y europea entre 1899 y 1941, como Hugo Von Hofmannstahl, Karl Vossler, Stefan George, Rainer M. Rilke, Rudolf Kassner, Thomas Mann, Walther Rathenau y Houston Stewart Chamberlain, sin distinciones de origen ni de religión. A partir de 1924 lo

⁷ Ronald Robinson & John Gallagher: *Afrika and the Victorians. The Official Mind of Imperialism*. Palgrave Macmillan, London 1982.

⁸ David Newsome: *El mundo según los victorianos*. Andrés Bello, Santiago de Chile 2001, pg. 158.

⁹ De los muchos historiadores que se ocuparon del tema consideramos a George Mosse el más relevante, particularmente *La nazionalizzazione delle masse*, Il Mulino, Bologna 1975, y *Le origini culturali del Terzo Reich*, Il Saggiatore, Milano 1984.

¹⁰ Véase Claudia Koonz: *La conciencia nazi. La formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich*. Paidós, Barcelona 2005, pgs. 77, 255 y ss.

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

empezaron a frecuentar personajes ajenos al mundo intelectual y a la elite cosmopolita y artística que concurría habitualmente, como Adolf Hitler, Rudolf Hess y Alfred Rosenberg, quienes llegaron a hacerse amigos de los sofisticados anfitriones.

¿Cómo pudo ocurrir este viraje? Existía un común denominador: la reacción y rebeldía contra el espíritu de la época y su correlato en la débil democracia de la república de Weimar, blanco de todas las críticas de izquierdistas y derechistas. El consenso entre los nacionalistas era que la cultura germana peligraba y su entidad declinaba, y que había que evitar a toda costa su caída. Los intelectuales se dejaron llevar por ese estado de ánimo hipercrítico y comenzaron a admirar a los hombres de acción, muchos de los cuales habían combatido en la reciente guerra, y que pasaron a ser los carismáticos, los elegidos.

La misma burguesía culta que en 1900 había llevado al cenit el arte y la literatura de la belle époque terminaron abrazando la estética y los principios artísticos y doctrinarios plasmados en la “brutalización de la existencia”-concepto de Mosse- surgida de las trincheras de la guerra. El salón de los Bruckmann se colocó a la vanguardia de la nueva “guerra cultural” de corte totalitario y racista, a pesar de que promediando el segundo conflicto mundial la violencia generalizada y los excesos del régimen eran evidentes.¹¹

Tanto los fascismos como el comunismo extraen su fuerza de la misma fuente, la Gran Guerra. Ambos movilizaron las pasiones revolucionarias modernas, la comunidad de combatientes, la igualdad de los hombres, la exaltación del héroe, el odio al mundo burgués y al predominio del dinero, la aspiración de un mundo nuevo. Pero el fascismo señala un camino diferente del comunismo, en lugar de la dictadura del proletariado el Estado-comunidad nacional, que constituye el otro gran mito político del siglo XX, de enorme influencia en la imaginación de la época y que sobrellevaría a las elites europeas, según afirma un experto como Furet.¹²

La revolución bolchevique de 1917 y el surgimiento de la Unión Soviética fue vista por muchos intelectuales y escritores de renombre como el nacimiento de una nueva era y el advenimiento de un hombre nuevo. Era la promesa cumplida de los postulados de Carlos Marx y Federico Engels, puestas en práctica por Vladimir Lenin y la elite revolucionaria bolchevique, concretar la misión universal del proletariado de poner fin a la alienación, liberar al hombre de las cadenas de la burguesía y crear la sociedad sin clases.

Prof. Horacio Cagni
UNTREF-CONICET
horacan@hotmail.com

¹¹ Al respecto, Wolfgang Martynkewicz: *Salón Deutschland. Intelectuales, poder y nazismo en Alemania (1900-1945)*. Edhasa, Barcelona 2013, pgs. 475 y ss. Una obra que analiza exhaustivamente la época y sus actores.

¹² Francois Furet: *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. Fondo de Cultura Económica, Méjico 1995, pg. 193

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

En poco tiempo, la república de los soviets se convirtió en bandera y faro de los insurgentes del mundo entero y la unión internacional revolucionaria contra la burguesía capitalista. Pero las adaptaciones de la estrategia revolucionaria leninista, primero para la toma del poder y luego para defender a los soviets de las fuerzas contrarrevolucionarias, le dio a la ideología comunista una forma política antes impensada dentro y fuera de la URSS. La liberación del proletariado, idea fuerza de tantos intelectuales, no pasó de la mera propaganda. Se impuso la realidad, la necesidad de modernización, industrialización y tecnificación, proceso que culminó en el triunfo del “socialismo en un solo país” en detrimento de la idea de “revolución mundial permanente”. José Stalin representa una quiebra dentro del pensamiento marxista originario, que los comunistas hasta hoy consideran un “error doctrinario”; del mismo modo arbitrario se podrían considerar como desviaciones doctrinarias al fascismo respecto del nacionalismo *risorgimentale* italiano o al nazismo respecto de la revolución conservadora alemana. Son aspectos conexos de procesos derivados de causas complejas y circunstancias colectivas impredecibles.

La tesis de que el comunismo, en el curso de su evolución, originó una reacción como “contra fe” expansiva, a la que siguió una guerra civil europea entre revolución y reacción, y donde al exterminio de clase del estalinismo le sucedió el exterminio biológico del hitlerismo, es un debate interesante -la *Historikerstreit* o querrela de los historiadores- que no es motivo de esta contribución, y de la que nos hemos ocupado anteriormente.¹³

Lo que resulta relevante es el común denominador que comparten la mayoría de los escritores e intelectuales comunistas -el término comunismo incluye el bolchevismo ruso- y fascistas -el término fascismo incluye al nacionalsocialismo-, es decir la fe y el optimismo ante lo que significó la irrupción de dichas ideologías -en realidad auténticas teologías laicas- que se convirtió en amarga decepción con el correr del tiempo.

Hace ya muchos años, el estudioso alemán Jürgen Rühle escribió una obra enjundiosa que es menester rescatar, donde hace una exposición detallada del impacto producido por la ideología comunista y la URSS como dadora de sentido para numerosos pensadores comunistas, y la fuerte frustración que posteriormente sufrieron. Nombres como Gorki, Solojov, Pasternak, Ehrenburg, Brecht, Rolland, Sartre, Camus, Hemingway, Alberti y García Lorca, entre muchos otros, son presentados en su evolución a lo largo de quinientas páginas. Los grandes rebeldes de los veinte y treinta, en cuyas filas militaban tantos escritores notables de categoría internacional, terminaron sus vidas en un camino de soledad y angustia. Con tremendos cargos

Prof. Horacio Cagni
UNTREF-CONICET
horacan@hotmail.com

¹³ Horacio Cagni: “George Mose y Ernst Nolte. La necesaria historización del siglo XX”. En Julio Pinto y Juan Carlos Corbetta (comps.): Reflexiones sobre la teoría política del siglo XX. Prometeo/UBA/UNLP, Buenos Aires 2005, pgs. 281-303.

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

de conciencia, calumniados y perseguidos por sus antiguos camaradas -los que no habían sido asesinados por orden de sus líderes políticos-, incomprendidos y evitados por la sociedad burguesa, atrapados en sus propios errores y trágicamente comprometidos con la ideología que había causado tantas víctimas.¹⁴

En el caso de los intelectuales franceses, la deriva hacia el comunismo se realizó por vía de la situación política y social antes que por razones filosóficas, pues el marxismo arraigó en Francia tardíamente, porque las universidades lo consideraban extraño y pernicioso. Pero la orientación emocional preparó el terreno para el combate de ideas; a mediados del siglo XX el comunismo francés tenía exponentes notables. Para Raymond Lefévre el viaje a Rusia en 1920 tuvo un valor simbólico y sentimental, al igual que motivaciones personales y emocionales llevaron a Paul Nizan al marxismo.

El pacto nazisoviético de 1939 significó un duro golpe para todos ellos. Para André Malraux, por ejemplo, la izquierda quedó herida de muerte; dejó de ser comunista, más por razones políticas que filosóficas. No obstante, su apostasía tenía raíces más profundas: creía en el “humanismo trágico” de la herencia europea, y su costado nietzscheano era más potente que su racionalidad comunista, al punto de ser acusado de fascista (su amistad real con Drieu la Rochelle podía sentar un precedente). Malraux renegó del comunismo terminado la guerra, cuando la URSS estaba en su apogeo, y terminó siendo un cuadro importante de la cultura gaullista.¹⁵

Por su parte, el viaje de André Gide a la URSS en 1936 lo decepcionó a tal punto que a su regreso escribió una autocrítica. Se sintió vigilado, a pesar de las atenciones recibidas, y con desconfianza instintiva tomó distancia del contexto; había percibido por doquier la propaganda falaz, la tiranía y el miedo, creyó encontrar una sociedad revolucionaria y encontró una sociedad de esclavos del estalinismo, en juicio lapidario de Furet.¹⁶

Volviendo a Traverso, hay un capítulo de *La historia como campo de batalla* que nos interesa destacar y es el séptimo, referido a la relación entre exilio y violencia.¹⁷ Las migraciones, las diásporas y los exilios presentan una estrecha relación entre experiencia y producción intelectual. Traverso tiene una palabra exacta para definir al intelectual exiliado: sismógrafo de la era de los extremos. Estas personas son *outsiders* que tienen el triste privilegio de poder ver las contradicciones y los conflictos desde la distancia. Son miembros de una minoría a la vez excluida, estigmatizada y perseguida en su medio y apátrida y desarraigada fuera de él.

Prof. Horacio Cagni
UNTREF-CONICET
horacan@hotmail.com

¹⁴Jürgen Rühle: *Literatura y revolución*. Luis de Caralt, Barcelona 1963, pg. 451.

¹⁵Al respecto David Caute: *El comunismo y los intelectuales franceses*. Oikos-Tau, Barcelona 1967, pgs. 237 y 299-300.

¹⁶Francois Furet: *Op. Cit.* Pg. 331.

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

La distancia, como decía Carlo Guinzburg, presenta la realidad de otra forma, porque el extrañamiento resulta fructífero, pues el objeto de análisis ya no está en la inmediatez sino en un horizonte mayor. La distancia afecta directamente la escritura de la historia. Hay ejemplos de Traverso que la representan bien. Lucien Febvre prefiere seguir publicando en París los *Annales* bajo la ocupación alemana de 1940-1944, mientras otros como Arthur Rosenberg se exilian en los Estados Unidos. Para el francés Febvre continuar la publicación de la revista es un acto patriótico; para el alemán Rosenberg es imposible disociar la interpretación histórica del pasado de la lucha del presente, en este caso el antifascismo o antinazismo. Para uno, la ciencia no debe fenecer bajo ninguna circunstancia; para el otro, no hay neutralidad en la ciencia ni torre de marfil para el científico.

Puede resultar paradójico el caso Febvre, pero no es un caso aislado, pues en rigor de verdad -insistimos- la realidad histórica es más confusa y compleja de lo que aparenta ser. Bajo la ocupación alemana la vida universitaria en Francia fue poco alterada, pues sólo se buscaba mantener el orden, a diferencia de la prensa y la radio, totalmente subordinadas y controladas por el *Propaganda Staffel*. París continuó su vida cultural, de tradición brillante y fecunda en todos los planos, incluida la filosofía -los cursos de la Sorbona y el Colegio de Francia-, la lógica con Lalande, la metafísica con Lavelle y La Senne, la sociología con Gurvitch y Mauss, el existencialismo con Gabriel Marcel y Merleau Ponty. Alain y Bachelard continuaron escribiendo y los editores De Noël y Grasset siguieron editando libros, bajo la mirada indiferente del ocupante.¹⁸

Respecto de estas contradicciones, Traverso apunta un caso notable, el del eximio historiador Marc Bloch, quien al permanecer en Francia y morir como héroe de la Resistencia, no alcanzó a cuestionar su patriotismo. Pocos saben que Bloch en 1941 apoyó a la Unión General de Israelíes de Francia discriminando entre judíos propios y judíos extranjeros, a cuyo parecer no tenían la misma causa. Es decir que Bloch antes que todo se sentía francés.

Al respecto, está documentado que grandes artistas, como Maurice Chevalier y Charles Trenet, proclamaron su lealtad al régimen del mariscal Henri Pétain y fueron activos *collabos*. Chevalier se hizo fotografiar ostentadamente con una botella de agua de Vichy y Trenet, ante una acusación de tener un abuelo rabino, se esforzó afanosamente de buscar documentación que la refutara. Sacha Guitry, reconocido dramaturgo y escritor, ante una denuncia parecida, recurrió al propio rabino de París, quien negó su

Prof. Horacio Cagni
UNTREF-CONICET
horacan@hotmail.com

¹⁷ La historia como campo de batalla. Ed. Cit. Pgs. 237-268.

¹⁸ Todos datos de Henri Michel: Paris Allemand. Albin Michel. Paris 1981, cap. 9: "L'activité culturelle: evasion ou soumission?", pgs 315-346

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

ascendencia judía y, como sea, convenció a las autoridades de ocupación de su pureza racial y afianzó su carrera colaborando activamente en la vida cultural de la Francia ocupada.¹⁹

El antisemitismo y el racismo francés, entre Drumont y Céline, presenta una genealogía intelectual propiamente francesa. Los intelectuales y escritores colaboracionistas insisten en su “nacimiento de padres franceses”, que reinterpreta la política antijudía nazi como simple “germanización” de una visión doctrinaria gala. Más allá del oportunismo de muchos de ellos, la cantidad y entidad de nombres es más que significativa. El “antisemitismo de pluma” en la “era de los extremos” destaca en Francia por sobre todos los demás países.²⁰

Interesa detenerse en las paradojas de la intelectualidad francesa y su producción en un siglo de conflictos, porque es una temática a la que Traverso -que ha desarrollado gran parte de su carrera académica e intelectual en Francia- le concede particular atención en sus obras. De todos modos, aquellos intelectuales y escritores franceses que fueron decididos fascistas y colaboraron, por múltiples razones, con el régimen de Vichy y el Tercer Reich -varios de ellos de reconocimiento mundial como Louis Ferdinand Céline, Pierre Drieu la Rochelle, Lucien Rébatet, Robert Brasillach y Henri de Montherlant- son bien conocidos y han sido ampliamente tratados, por lo que no es menester volver a hacerlo en estas breves páginas.²¹

En el arte -reflexionamos y añadimos- esta situación dramática y compleja la vemos claramente en el cine. Algunos de los más señeros y mejores films que conocemos provienen de directores comprometidos con regímenes autocráticos. Pensemos en Serguei Eisénstein y sus obras maestras como *El Acorazado Potemkin*, *Alejandro Nevski* o *Iván el Terrible*, que marcaron el camino a la estética cinematográfica mundial. Estaba bajo órdenes directas de Stalin, que fiscalizaba cada fotograma. Del otro lado Leni Riefenstahl, la notable directora alemana, cineasta oficial del Tercer Reich que transformó el documental en arte, con sus filmes *Triunfo de la Voluntad* y *Olimpiada*. En ambos, su mayor compromiso era con el arte y la estética, pero también fueron eximios propagandistas políticos, a veces de acuerdo, otras sufriendo la presión del régimen.

¹⁹ En Frederic Spotts: *The Shameful Peace. How French Artist and Intellectuals Survived the Nazi Occupation*. Yale University Press 2008, pgs. 211 y 235.

²⁰ Pierre André Taguieff: *L'Antisemitisme de Plume 1940-1944. Etudes et Documents*. Berg International Editeurs, Paris 1999, 115 y ss.

²¹ Al respecto, entre la innumerable bibliografía que se ocupa del tema, destacamos las obras clásicas de Alaistar Hamilton: *La ilusión del fascismo. Un ensayo sobre los intelectuales y el fascismo 1919-1945*. Luis de Caralt, Barcelona 1973, Tarmo Kunnas: *Drieu, Céline, Brasillach et la tentation fasciste, Les sept couleurs*, Paris 1972 y Herbert Lottman: *La Rive Gauche. La elite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*. Tusquets, Barcelona 1994. Reciente-

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

Otro caso emblemático citado por Traverso, esta vez en Alemania, es el del historiador Ernst Kantorowicz, veterano de la Gran Guerra y luego nada menos que integrante de los *Freikorps*, quien perteneció al círculo del poeta Stefan George y escribió en 1927 la mayor biografía del emperador Federico II Stauffen hasta la fecha.²² Medievalista notable, Kantorowicz saludó entusiasta la llegada de Hitler al poder, pero luego en 1938 fue obligado a exiliarse por su origen judío. En los Estados Unidos continuó su brillante carrera intelectual; allí escribió *Los dos cuerpos del Rey*, sobre las representaciones del monarca en el medioevo. Pero cuando se dio la caza de brujas del senador Joseph Mc Carthy, el alemán se negó a firmar una declaración de fe anticomunista y fue censurado. Es que muchos exiliados se vieron presionados para ser anticomunistas en la Guerra Fría, cuando la Unión Soviética reemplazó al Tercer Reich como enemigo total del “mundo libre”.

Pero del círculo de jóvenes estetizantes de Stefan George también salió -y esto no lo recuerda Traverso-, el Conde Klaus Von Staufenberg, oficial del ejército y principal ejecutor del atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944. La evolución de este hombre, como la de Ernst Jünger, representa a todos aquellos que, más que a la doctrina nacionalsocialista, se oponían a las formas ominosas que había tomado el poder en el Tercer Reich. Otro caso es el de Franz Neumann y su conocido *Behemot*, el primer abordaje serio al tema del Tercer Reich y el nazismo, que también incluye una crítica a Carl Schmitt, pero más que por adherir éste al nazismo, por haber sido aquel un discípulo despedido del *Kronjurist*. Bien dice Traverso: en el exilio las fronteras entre el erudito y el militante se vuelven inestables.

El historiador italiano Arnaldo Momigliano, profesor de historia antigua y defensor de la romanidad y del Imperio Romano, fue obligado en 1938 a exiliarse en Inglaterra al adherir Benito Mussolini a las leyes raciales de su aliado germano y plegarse al antisemitismo. En el exilio, Momigliano revisó su visión y convicciones: le pareció que la caída de la República romana y el siguiente paso al Imperio se correspondía con el fascismo. Inútil observarle a Momigliano -añadimos por cuenta propia- que la República era más belicista y severa en sus acciones y conducta que el Imperio; recordemos qué ocurrió con Cartago.

Como parece lógico, en un país culturalmente tan rico como Italia, grandes paradojas se dieron en la música. La comunidad judía estaba integrada en la península desde los tiempos de Cristo, y no existieron virtualmente problemas para los judíos italianos hasta 1938, como se apuntó anterior-

Prof. Horacio Cagni
UNTREF-CONICET
horacan@hotmail.com

mente, Horacio Cagni: “Francia, nacionalistas, conservadores y fascistas”, en Ricardo Lalef Ilieff (comp.): *Los dioses desencantados. Política y valores en la modernidad*. Instituto Gino Germani UBA, Buenos Aires 2016, pgs. 75-86

²² Biografía muy completa y detallada donde se destaca, casi como culto, la personalidad del emperador Federico II, figura notable del siglo XIII. No hay traducción española, disponemos de la versión francesa: *L'Empéreur Frédéric II*. Gallimard, Paris 1987.

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

mente. Durante los primeros quince años del fascismo, las publicaciones musicales, orquestas, directores, músicos e intérpretes estuvieron libres de antisemitismo. La música de Ernst Bloch y de Kurt Weill fue bien recibida, y Otto Klemperer -que había empezado a tener problemas en Alemania- pensó en trasladarse a trabajar a Italia, si bien desistió por otras razones.

A pesar de la instauración de leyes raciales y la consiguiente “arianización” de Italia, los italianos se las arreglaron para paliar la situación de varios modos, por ejemplo obviando los apellidos de los compositores al ejecutar su música, o cambiando los títulos, como el oratorio *Judas Macabeo* de Händel, que pasó a llamarse *El Capitán*. Aunque muchos músicos, cantantes y directores de orquesta italianos de origen hebreo perdieron sus puestos de trabajo, sólo hubo persecución real con la rendición de Italia y la ocupación alemana de la zona septentrional a partir de julio de 1943.²³

¿Qué es el exilio entonces? Un observatorio privilegiado según Traverso. Un lugar que tiene un gran costo, la cruel separación y desarraigo, la impotencia política de no poder hacer, la clarividencia que se traduce en la condena inexorable a no ser escuchado. Los exiliados externos podían reflexionar sobre la tragedia de la que habían escapado, pero siempre con pesadumbre y dolor. Obvio que era difícil permanecer objetivos, pues la deuda moral con el país anfitrión era una traba. La crítica al totalitarismo puede tener un arco muy amplio, pero Arendt lo veía como la destrucción de lo político en tanto espacio de pluralidad humana, y tuvo la enorme valentía de incluir al imperialismo anglosajón como partícipe.

Asimismo, Traverso repara en la “teoría viajera” de Edward Said.²⁴ Las teorías y las ideas no viven en autarquía, se desplazan y se modifican, y este cambio es la modalidad de su existencia. Por ejemplo, las distintas lecturas de la teoría de Georg Lukacs, o de Franz Fanon y su obra *Los Condenados de la Tierra*. El exilio judío transatlántico fue la transición de una cultura germana o judeo-alemana a la estadounidense. La ausencia de un Estado-nación fuerte unida a la presencia de una sólida tradición republicana benefició su libertad de pensamiento.

La diáspora negra cuyos polos fueron Estados Unidos, las Antillas y el Caribe permiten establecer, hasta las costas del Africa, un “Atlántico Negro”, según Paul Gilroy. Esto dio origen al concepto de “negritud” como valor, que encontramos en Fanon y Paul Senghor. El racismo como cuestión en Norteamérica permitía ver una comprensión clara, real y completa del problema negro. El racismo atravesaba fronteras de color, nacionales, religiosas, de creencias, de estatus, pasando a ser una cuestión cultural, de

Prof. Horacio Cagni
UNTREF-CONICET
horacan@hotmail.com

²³ Datos de Harvey Sachs: *Music in Fascist Italy*. Weideneld & Nicolson, London 1987, pgs. 177-188.

²⁴ *La Historia como campo de batalla*. Ed. Cit. Pgs. 260 y ss. La obra de Said: *Representaciones del intelectual*. Paidós, Barcelona 1996.

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

prejuicios y desviación que afectaban a cualquier persona y causaban daño a todos por igual.

Conflicto bélico total, genocidio, guerra civil mundial

Tomar distancia no significa necesariamente la posibilidad de liberarse del lastre de la fe en la Ilustración que caracterizó a muchos intelectuales. Algunos de ellos, como Norbert Elías, que Traverso considera francamente ingenuo por su creencia, en vísperas de la segunda guerra mundial, en la civilización de occidente frente al atraso de otros pueblos ajenos a ella. O la afirmación sesgada y de base errónea de considerar la lucha contra el fascismo como la defensa de la civilización y su derrota como un triunfo recuperador de la Ilustración. Cita a marxistas como Giorgy Lukacs o liberales como Benedetto Croce, para quienes el nazismo era una especie de enfermedad europea, una forma de negar los ideales iluministas. Traverso admite que pocos vieron al nazismo como un producto de la civilización occidental moderna.

Un historiador, Theodor Von Laue -no citado por Traverso-, presenta una interesante perspectiva de entender el siglo XX.²⁵ La violencia global y las guerras son consecuencias no deseadas de la revolución mundial de la occidentalización (comunismo, fascismos, dictaduras, descolonización, terrorismo), obra del proceso expansivo del poder de occidente y la emergencia de la creciente globalización.

Por lo tanto, es un error plantear la alteridad de ideologías y movimientos totalitarios como el comunismo y los fascismos respecto de la cultura y tradición occidentales. ¿Son entonces un extravío o desviación? Von Laue obliga a una honda reflexión. Demuestra que la verdadera revolución mundial es la occidental de cuño liberal y capitalista que, según él, surge de la especial combinación de libertad individual y disciplina social tan característica de los países anglosajones y mayoritariamente protestantes, como Inglaterra y Estados Unidos.

Von Laue, a diferencia del relato y la historiografía “oficiales” no demoniza a ideologías y movimientos como el comunismo y el nazifascismo cual meros enemigos de la libertad y la democracia, sino como fuerzas de reacción y defensa ante esta revolución que, pese a su poder, eran notoriamente inferiores en recursos materiales e ideológicos al demoliberalismo.

Prof. Horacio Cagni
UNTREF-CONICET
horacan@hotmail.com

²⁵Theodor Von Laue: *The World Revolution of Westernization. The Twentieth Century in Global Perspective.* Oxford University Press 1989.

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

La revolución liberal capitalista tuvo tal energía e impacto que, con la industrialización, terminó abarcando todos los órdenes de la vida, incluso inficionando la vida privada, de modo que originó formas autónomas intensas de reacción y resistencia. Las más conocidas son el comunismo y los fascismos, pero después de la segunda guerra mundial también los llamados “movimientos de liberación nacional” del Tercer Mundo, incluyendo a China, Vietnam y Corea del Norte. Y se podrían sumar las revueltas juveniles, los neonacionalismos, los fundamentalismos de todo tipo, que pueden culminar en el terrorismo y la violencia difusa.

Reflexionando sobre la violencia, Traverso sostiene que el fin del más grande conflicto bélico de la historia no significó ninguna solución para los que la habían sufrido. El judaísmo de Europa central y oriental estaba casi desaparecido, los gulacs siberianos seguían repletos, y los vencedores de la barbarie celebrando su victoria con un crimen mayúsculo, Hiroshima y Nagasaki, emulando a los verdugos de Nankin y Buchenwald. Al respecto, repasa en tres hitos emblemáticos: los Gulacs, Auschwitz e Hiroshima.²⁶ Tanto en el Tercer Reich como en la Unión Soviética estalinista, la administración de recursos para la muerte en masa estaba sustentada sobre una maquinaria burocrática -más sofisticada en el caso del nazismo, pero igualmente vasta y compleja en el estalinismo- que funcionaba como un mecanismo ajustado, donde cada burócrata inmerso en él actuaba con un asumido y casi aséptico sentido del deber, que Arendt denominó “la banalidad del mal”.

Sobre la *Shoa* y los *Lagers* nazis se escribieron ríos de tinta, y ante tantos aportes de tantos historiadores resulta casi irrespetuoso detenerse aquí en ese ominoso acontecimiento, continuamente presente. Aunque Arendt lo denominó “la experiencia fundamental de nuestra época”, en 1945 Auschwitz no era todavía un ícono del mal del siglo XX, según Traverso. Fue en el juicio de Nuremberg cuando el Holocausto fue considerado crimen de guerra. En Francia, no obstante, por la igualdad republicana, los muertos por el genocidio eran reconocidos igual que un maquisard muerto por la patria.

La toma de conciencia sobre los campos soviéticos, como Kolima y Vorkuta, que en la gélida vastedad siberiana eran más grandes que Auschwitz, ha sido tardía en Occidente. Y podemos añadir: porque las democracias occidentales ganaron la segunda guerra mundial contra una autocracia como el Reich nazi con el apoyo imprescindible de otra aún más feroz, la Unión Soviética estalinista, por lo cual era imposible batir el parche del genocidio soviético. A pesar de la desestalinización de Nikita Kruschev y las denuncias de Alexander Solzhenitzin contra los gulacs, este genocidio era prácticamente desconocido. Recién con la caída del Muro de Berlín y la apertura de los archivos rusos se vio en su real dimensión la magnitud

Prof. Horacio Cagni
UNTREF-CONICET
horacan@hotmail.com

²⁶ La historia como campo de batalla. Ed. Cit. Pgs. 247 y ss.

del hecho, documentado, entre otros, por expertos como Robert Service y Orlando Figes.²⁷

El caso de Hiroshima es más emblemático, dice Traverso, porque fue negado hasta hoy. Es considerado un exceso de uso del poder en guerra, no un genocidio de población civil (caso similar ocurre con el bombardeo punitivo de Dresde, podemos añadir). En 1995 el correo estadounidense publicó un sello postal que en vez de conmemorar las víctimas de Hiroshima, presentaba las ruinas de la ciudad como la promesa de una era de paz (la estampilla fue retirada por protesta del gobierno japonés). Muy pocos en su momento captaron la naturaleza de Auschwitz, el Gulac o Hiroshima. La indiferencia frente a Primo Levi o el hecho de esconder a los irradiados japoneses como portadores de una enfermedad vergonzosa,²⁸ son síntomas de ignorancia o mala fe. Los testigos, en todo caso, eran el espejo de un pasado reciente pero incómodo y ominoso que mejor había que olvidar.

Quienes denunciaron en su momento lo que ocurría fueron exiliados, pues su condición de distantes les permitió poder hacerlo. Un claro ejemplo fue Victor Serge, quien en 1933 fue arrestado en la Unión Soviética por denunciar al estalinismo; liberado en 1936 por presión de varios escritores y artistas, al viajar a Francia la izquierda, fiel a los dictados de la Internacional moscovita, lo trató como traidor y hereje.

En 1944 Hanna Arendt, exiliada en Estados Unidos, denunció los campos de exterminio nazis y la criminalidad burocrática que luego profundizó en su concepto de “banalidad del mal”. El New York Times no la publicó, y terminó en las páginas de una pequeña revista. Lo mismo ocurrió con los exiliados de la Escuela de Frankfurt, Theodor Adorno y Marc Horkheimer, quienes recién en 1947, luego de la guerra, empezaron a ser escuchados.

Traverso también recuerda a Günther Anders, exiliado en California, quien fue el primero que vio en Hiroshima la subordinación del hombre a la técnica omnímoda y despersonalizante al servicio de la destrucción y la muerte en masa, es decir el destronamiento del hombre como sujeto histórico. Era el colofón de un largo proceso iniciado con la modernidad y consagrado en ambas guerras mundiales: una nueva era donde la humanidad era técnicamente eliminable.

Hiroshima es un emblema, un símbolo, pero también la culminación de un camino de larga data. La destrucción de una ciudad como Hiroshima -y de Nagasaki, injustamente eclipsada y postergada- no difiere en ruinas, vícti-

²⁷ Robert Service: Historia de Rusia en el siglo XX. Crítica, Barcelona 2000. Orlando Figes: Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin. Edhasa, Barcelona 2009.

²⁸ Sobre la censura de las imágenes y noticias provenientes de ambas ciudades atomizadas véase George Roeder: “Making things visible. Learning from the censors” (con profusión de ilustraciones). En: Laura Hein and Mark Selden (Editors): Living with the Bomb. American and Japanese Cultural Conflicts in the Nuclear Age. Sharpe, New York 1997, pgs. 73-99.

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

mas y sufrimientos del bombardeo de otros centros urbanos como Dresde o Tokio. La impactante diferencia es que no se debió al accionar de miles de bombarderos pesados, sino a una sola bomba. Constituyó la más acabada expresión del mesianismo tecnológico deshumanizante.

Con el advenimiento del nazismo, muchos científicos de gran renombre de la física y química mundiales -varios Premio Nobel- emigraron de Alemania a los Estados Unidos, como Leo Szilard y Albert Einstein, entre otros. Era lógico que tuvieran cierto resentimiento, unido al temor a que el Reich consiguiera la bomba atómica. El interrogante es si serían concientes de lo que dicha arma significaba cuando, en carta de Einstein al presidente Franklin Roosevelt -a instancias de Szilard y tres días antes de Pearl Harbour-, le urgía a que Estados Unidos desarrollase la bomba lo más pronto posible. Otros como el Premio Nobel Otto Hahn, el primero que fisiónó el átomo en el Instituto Max Planck de Berlín antes de la guerra, se negó a colaborar tanto con el gobierno nazi como con los Aliados por motivos morales. Otro Nobel, Werner Heisenberg, si bien encabezó la empresa atómica alemana durante la guerra, fue demorando a propósito los resultados.

La coyuntura superó a las propias convicciones de Einstein. Fue una cruel ironía del destino que su nombre quedara para siempre ligado a la bomba atómica, porque constituyó un hecho claramente contrario tanto a sus instintos como a su temprana posición pacifista. Años después, le confesó a Linus Pauling que había cometido una gran equivocación al recomendar a Roosevelt construir semejante arma, pero que en cierto modo encontraba justificación ante el temor a que los alemanes la tuvieran.²⁹

Paradojas del exilio, en la línea de reflexión de Traverso.

La joven y pujante república estadounidense no tenía demasiados prejuicios; aprovechó los sabios de toda Europa junto a los propios y les dotó de ingentes recursos para conseguir el arma decisiva, con los resultados conocidos. Si la excusa de Hiroshima era evitar una invasión para derrotar al Japón y así salvar miles de víctimas norteamericanas, lo de Nagasaki era totalmente injustificable. El almirante William Leahy, asesor de Roosevelt y de Henry Truman, tuvo la valentía entonces de denunciar a la bomba atómica como un arma bárbara, cuya utilización no tenía sentido porque Japón estaba al límite de sus fuerzas y dispuesto a capitular. “Las guerras no se ganan matando mujeres y niños, y con esa arma -sostenía- los estadounidenses adoptaron una posición ética común a los bárbaros de la *Dark Age*”,³⁰

Prof. Horacio Cagni
UNTREF-CONICET
horacan@hotmail.com

²⁹ Martin J. Sherwin: A World Destroyed. Hiroshima and its Legacy. Stanford University Press, CA, pg. 27.

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

El concepto de genocidio, si bien tiene matices y acepciones diversas, en general significa el asesinato en masa y deliberado de seres humanos y colectivos indefensos por pertenecer a un grupo étnico, religioso, ideológico o político. La división entre un genocidio previamente pensado y planificado y el provocado por la evolución de una guerra total es muy difusa. La objetivación de un colectivo o masa de individuos por su pertenencia a un grupo determinado facilita su discriminación y exterminio, y es un común denominador para los estudiosos de la *Shoa*. Resulta más difícil delimitar y precisar quién es el “enemigo” en las guerras totales y considerar a las poblaciones civiles como blancos militares o estratégicos legítimos.

Al respecto existe una obra impresionante -permítase el adjetivo-, que Traverso menciona al pasar en un par de renglones pero sin más detenimiento, que merece detención y reflexión. En su enjundioso trabajo, Markusen y Kopf³¹ demuestran -discrepando abiertamente con los estudiosos que separan ambos fenómenos- que guerra y genocidio son “gemelas siamesas”. Más allá de sus matices, en esencia y en los hechos comparten los factores organizacionales, industriales, científico-tecnológicos y psicológicos aplicados al asesinato en masa de seres humanos. La despersonalización de las víctimas contribuye a su deshumanización, pues la distancia respecto de alguien deshumanizado lo convierte en un sin-valor que favorece la asepsia psicológica. Las burocracias se sienten cómodas al reducir al mínimo su responsabilidad, mientras los intelectuales, conjuntamente con periodistas y formadores de opinión justifican las masacres en nombre de principios abstractos considerados valores absolutos y universales, cuando no de consideraciones científicas o de “realidad objetiva”.

Si bien los autores hacen un breve repaso de las masacres perpetradas desde la antigüedad hasta los tiempos contemporáneos, se dedican al estudio del siglo XX al que consideran “la era de la violencia”. Los ejemplos abundan: ambas guerras mundiales, Armenia, Nigeria, Bangladesh, Camboya, etc. Pero la Segunda Guerra Mundial ha sido la más destructiva de la historia, mayor que la conquista mongólica o la Guerra de los Treinta Años, aunque sólo una de las 471 guerras identificadas entre 1700 y 1987 -fecha de edición de este libro-, de las cuales 200 después de 1900, con un total estimado de más de cien millones de muertos.³² Lo que ellos denominan “el matadero industrializado de soldados y civiles” es producto de las innovaciones tecnológicas a partir de la Gran Guerra. Los estudiosos en general están de acuerdo en esto, pero el debate, muy duro, se orienta a las relaciones entre guerra y genocidio.

En la obra aquí tratada se hace una extensa revisión de las distintas teorías sobre la guerra y los genocidios, tanto en el plano doméstico como el externo a las unidades políticas. Aquí se presentan dos posiciones extremas: las que los consideran fenómenos distintos y por lo tanto sin relación entre sí,

³⁰ Cit. en Fletcher Knebel y Charles Bailey: Hiroshima, holocausto inútil. Toray, Barcelona 1964, pg. 229.

y las que señalan que son indistinguibles y equivalentes, es decir iguales. Markusen y Kopf pretenden una vía alternativa, si bien se inclinan decididamente hacia la segunda posición, en tanto guerra total y genocidio reflejan una actitud que es definida como “mentalidad genocida”.³³

En sucesivos capítulos referidos a la evolución de las guerras entre 1931 y 1945-militarismo japonés, ascenso de los fascismos, atrocidades diversas en la guerra mundial y la evolución del Holocausto –exclusión de los judíos, persecución, transición al exterminio y “solución final”-, los autores incluyen al bombardeo estratégico de Alemania y Japón y su evolución. A través de muchas páginas, a veces de lectura escalofriante y ominosa, se presentan en detalle todas las facetas de la criminalidad del último siglo.

El planteo de fondo es la deshumanización presente en la *Shoa* y en el *Strategic Bombing*. En el Holocausto por la evidencia marcada del racismo y antisemitismo como ideología oficial del Tercer Reich; la propia actitud deshumanizante de sus dirigentes hacia los judíos y otros “indeseables”; la enseñanza en las instituciones educativas germanas difundiendo imágenes deshumanizantes; la visión de las víctimas como subhumanos o no humanos. En el bombardeo estratégico porque los dirigentes aliados no fueron inmunes al pensamiento racista respecto de sus enemigos, en especial los japoneses. En Estados Unidos, del mismo modo en que los negros eran discriminados, existía un prejuicio anti-asiático, particularmente anti-nipón ya desde la preguerra. También existían evidentes actitudes deshumanizantes en los líderes políticos y militares estadounidenses, con profusión de imágenes racistas y demonizadoras del enemigo en los medios masivos de opinión, y desvalorización de las vidas enemigas mediante preconceptos deshumanizantes.³⁴

Leo Kuper, teórico de los genocidios, afirmó que este término puede ser también aplicado al bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki (agosto de 1945), al bombardeo aliado de Hamburgo (julio de 1943) y Dresde (febrero de 1945) y al bombardeo incendiario de Tokio (marzo de 1945).³⁵ La realidad es que, debido al bloqueo a partir de 1944, el Japón estaba muy mal defendido frente a ataques aéreos masivos desde bases americanas en el Pacífico, y sus clásicas viviendas, mayoritariamente de madera y papel, eran fácilmente pasto de las llamas. El bombardeo de blancos civiles era in-

³¹ Eric Markusen and David Kopf: *The Holocaust and the Strategic Bombing. Genocide and Total War in the 20th Century*, Wesview Press, Boulder, CO. 1995. Es la tesis doctoral de Markusen, aumentada con los aportes del historiador Kopf. El prólogo de Israel Charny, director del Instituto sobre el Holocausto y el Genocidio de Jerusalén, si bien destaca la envergadura y coraje intelectual del trabajo, discrepa con el planteo de fondo: “han ido demasiado lejos en la comparación”.

³² Según distintos autores relevados en Markusen y Kopf: Op. Cit. Pg. 28. A principios del siglo XX los muertos civiles en guerras eran el 5 %, finalizando la centuria era el 80%.

³³ Id. Ant. Pg. 62.

³⁴ Id. Ant. Pgs. 183-195.

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

necesario en Alemania a partir de setiembre de 1944; se hace difícil -apunta el reconocido historiador militar Max Hastings- encontrar una justificación racional de la continua destrucción de ciudades. La distancia hacia tolerable esas acciones, que hubieran resultado repugnantes e insoportables a los mandos y los pilotos si las hubieran podido ver de cerca; la separación de varios cientos de metros y la excusa de no poder discernir objetivos militares de civiles brindaba una especie de absolución moral.³⁶

A través de documentos y testimonios de época, Nicholas Baker demuestra que la idea de la elección deliberada de objetivos civiles como blancos de bombardeo ya estaba asumida con convicción por las potencias en conflicto-más aún por los británicos que la habían aplicado en acciones punitivas en sus colonias- desde mucho antes de la Segunda Guerra Mundial.³⁷

Se han establecido diferencias significativas entre el Holocausto y el bombardeo estratégico. El riesgo que las fuerzas guardianas de los *Lager* nazis asumían frente a las víctimas era prácticamente inexistente, mas allá de algún hecho aislado como la sublevación del *ghetto* de Varsovia. En todo caso, estaban fuertemente armados y sus víctimas virtualmente desarmadas. También se ha distinguido el carácter indefenso de grupos desarmados sin refugio posible y fácilmente individualizables, de los civiles de naciones agresoras que además estaban defendidos y protegidos por estados organizados y fuertemente armados. Finalmente, las tripulaciones de los bombarderos estaban expuestas a las defensas contraaéreas alemanas -muy eficaces- y japonesas; fuerzas como el *Bomber Command* británico o la *8ª Air Force* estadounidense sufrieron miles de derribos y bajas en sus dotaciones.

Pero ello no desmiente la tesis de fondo de Markusen y Kopf: en ambos casos el proyecto fue la *masacre deliberada* de un colectivo humano. También resulta cierto que los ciudadanos de las ciudades atacadas masivamente por miles de bombarderos tampoco podían escapar de un *firestorm*, ni siquiera en los refugios antiaéreos, debido al calor y la asfixia generados. Además, la mayoría eran mujeres y niños -los hombres estaban en el frente-, muertos también de manera anónima e indiscriminada, sin distinguir gobernantes de gobernados.³⁸

Ambos proyectos criminales fueron autorizados en nombre del mas alto interés nacional -cuando no en nombre de una “misión suprema” o de la “humanidad”-, bendecidos por sus líderes -sean autocráticos o democráticos- e implementados por agentes autorizados. Y no hubiera sido posible

³⁵ Leo Kuper: *Genocide: Its Political Use in the Twentieth Century*. Yale University Press 1981, pg. 46. Autor citado con frecuencia por Markusen y Kopf.

³⁶ Max Hastings: *Armagedón. La derrota de Alemania 1944-45*. Crítica, Barcelona 2005, pgs. 480-81.

³⁷ Nicholas Baker: *Humo humano. Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial y el fin de la civilización*. Sudamericana/Debate, Buenos Aires 2009.

sin la contribución de individuos comunes, psicológicamente “normales”, muchos de ellos altamente educados, científicamente reconocidos y culturalmente refinados. Para Markusen y Kopf, en síntesis, en el caso del Holocausto el genocidio sería un fin en sí mismo, en el bombardeo estratégico un medio, pero la intención es similar.

Por otra parte, la “banalidad del mal” a la que hacía referencia Arendt no puede reducirse a su clásica expresión, la burocracia nazi de exterminio, ni a los gulacs soviéticos, sino que está presente en toda maquinaria deshumanizante y despersonalizante. Por caso, dado el nivel de devastación y víctimas que la bomba atómica había causado en Hiroshima, los medios de difusión japoneses fueron sometidos a una fuerte censura. Entonces, el mando político y militar estadounidense decidió arrojar una segunda bomba restante sobre otra ciudad y así forzar la rendición del Japón. El blanco elegido fue Kokura, considerada objetivo estratégico pues tenía industria de armamentos. Pero como se desató una tormenta sobre el objetivo, que obstaculizaba el blanco y no se podía derrochar así una one billion bomb, en el camino se desvió al bombardero hacia Nagasaki, donde las condiciones climáticas eran mejores. Así que, prácticamente por azar, sobre la marcha y de modo impensado y no planificado, las vidas de decenas de miles de almas fueron selladas.³⁹

El relato es siempre parcial, sesgado, subjetivo. Los testimonios están marcados por la experiencia inmediata del sufrimiento y la situación límite en que se encuentran los protagonistas. En el caso del denominado bombardeo estratégico -eufemismo por no decir terrorista- el lenguaje normal de la mayoría de los relatos de testigos presentes, oculares, deja dudas sobre su autenticidad. El arrasamiento por explosiones y fuego de una entera ciudad, edificios, mobiliario, ajuar, vehículos, árboles, animales y, por supuesto, sus habitantes, produce forzosamente un cortocircuito y un bloqueo de las capacidades sensoriales y cognitivas de los sobrevivientes. Mientras que en las tripulaciones de los aviones atacantes los recuerdos se reducen a manchas de fuego allá abajo, relámpagos, resplandores, bengalas, muros de reflectores, un sinfín de luces y colores, generalmente sin sonido.⁴⁰

Israel Charny sostiene que el genocidio es el asesinato en masa de un número sustantivo de seres humanos en condiciones de indefensión y des-

³⁸ Holocaust and Strategic Bombing. Op. Cit. Ps. 246-247.

³⁹ Craig Collie: Nagasaki. The Massacre of the Innocent and Unknowing. Allen & Unwin, Sidney 2011, pgs. 167 y ss. En este artículo no hacemos referencia a cifras, que llenan las páginas de los libros especializados, siempre sujetas a debate y controversia y que en alguna oportunidad llamamos “una danza macabra de números”, pues nos parece ofensivo para la memoria de todas las víctimas.

⁴⁰ Esta magnífica descripción se encuentra en W. G. Sebald: Sobre la historia natural de la destrucción. Anagrama 2010, Buenos Aires, Pgs. 23-29.

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

protección, pero no en el curso de una acción militar ni contra un enemigo agresor. En el curso de guerras de agresión, es decir injustas, la masa de civiles muertos es ambigüamente un genocidio, porque no son guerras defensivas. La distinción es entre “crímenes contra la humanidad” y “genocidio”. Markusen y Kopf discrepan: Charny sostendría que si los civiles son masacrados por un agresor es genocidio, pero si son masacrados por una nación que ha sido atacada no es genocidio, es otra cosa (exceso o abuso en la acción bélica, por ejemplo). Otro historiador, R. Rummel llegó a decir que puede existir “democidio”, y además excluye de genocidio la muerte de no combatientes durante ataques a blancos militares o justificables militarmente por razones tácticas o estratégicas.⁴¹

Michael Walzer, a su vez, afirma que el bombardeo estratégico de Alemania en el último conflicto mundial, asumiendo sus tremendas consecuencias, estaba justificado -salvo Dresde- porque era necesario ejercer un mal (*evil*) -la destrucción de ciudades y la muerte de civiles- para erradicar un mal inconmensurable (*unmensurable evil*), el nazismo.⁴² Si se hace difuso precisar cuando un actor de la política internacional es claramente un agresor -considerando todos los precedentes de una guerra, provocación, expolio, facturas impagas, corrientes religiosas e ideológicas previas, etc.- y establecer cuales son los límites y validez de la justicia de una causa, más difícil todavía es evaluar el grado de responsabilidad colectiva de una nación considerada agresora. El interrogante de fondo es si deben ser igualmente considerados gobernantes y gobernados.

Una idea típica del pensamiento anglosajón es la demonización del adversario. Maestros de la propaganda bélica, son hábiles en justificar sus intervenciones en las guerras como necesidad defensiva, donde el enemigo es generalmente un perturbador del equilibrio, sea el poder continental predominante o el *challenger* de turno. Este enemigo debe ser demonizado y combatido hasta las últimas consecuencias y por todos los medios, porque en este caso la guerra es “justa”. Es lo que Schmitt definió como “el camino hacia la guerra discriminante”, desde la Gran Guerra hasta nuestros días, transformando la política mundial en “policía mundial”.⁴³

En la segunda posguerra, la relatividad de potenciales y el techo atómico de los armamentos -la mutua destrucción asegurada-, entronizó el bipolarismo, el enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética y sus respectivos aliados. Las guerras fueron limitadas, localizadas en el punto agonal del choque de intereses de las grandes potencias, como Corea y Vietnam, y pasaron a llamarse “conflictos de baja intensidad”, eufemismo que enmascara la tragedia de las guerras interétnicas, interreligiosas y por

Prof. Horacio Cagni
UNTREF-CONICET
horacan@hotmail.com

⁴¹ Holocaust and Strategic Bombing. Ed. Cit. Pg. 61.

⁴² Michael Walzer: Guerras Justas e Injustas. Goyanarte Editor, Buenos Aires 1980, pg. 312.

⁴³ Al respecto, Horacio Cagni: “Una visión de la política mundial en clave schmittiana” En Jorge Dotti-Julio Pinto (Comp.): Carl Schmitt, su época y su pensamiento. EUDEBA, Buenos Aires 2002, pgs. 173-185.

la posesión de recursos naturales y estratégicos escasos. Como consecuencia de su mala experiencia en el Vietnam, los Estados Unidos invirtieron ingentes sumas de dinero y enormidad de recursos para tratar de ganar eficacia bélica minimizando las bajas. Las otras potencias -Rusia, China, la Unión Europea- siguieron un similar camino.

Merced a los increíbles avances de la informática y la nanotecnología fueron creadas una cantidad de “armas inteligentes”, que en teoría respetan a los civiles y se centran solo en blancos militares, pero en la práctica no resulta así. El uso de dichas armas justifica mucho, pero no mejora nada, dado que está comprobado que una buena proporción de ellas se pierde o equivoca el blanco. Si entre la tripulación de un bombardero y la población bombardeada existe una distancia despersonalizadora, aún más distante y deshumanizante resulta hoy el victimario detrás de un control electrónico que maneja un dron armado o dirige un misil a miles de kilómetros de su objetivo, donde sus víctimas son consideradas “daños colaterales”. Ya Luttwak establecía que como occidente -particularmente los Estados Unidos- era cada vez más sensible hacia las bajas propias en combate, la nueva estrategia se basaba sobre todo en el dominio aéreo, en lo que llamaba “guerra posheroica”.⁴⁴

La tan mentada globalización no es sólo homogeneización sino también fragmentación y conflicto. Obliga a la redefinición del concepto de soberanía, ante la desvalorización del Estado-nación moderno como actor esencial de la política internacional y la debilidad de las fronteras. La erosión de la soberanía estatal conlleva una creciente incapacidad de los Estados para controlar la violencia transnacional. La transnacionalización de las fuerzas armadas y la constitución de “fuerzas de paz”, enmarcadas en el mecanismo correctivo del denominado “sistema de seguridad colectiva”, se traducen en la creciente intervención en “guerras humanitarias” para asegurar la “paz mundial”. Kaldor apunta el deterioro de las distinciones entre público y privado, militar y civil, interior y exterior, que pone también en tela de juicio la distinción entre guerra y paz.⁴⁵

Los actuales, aunque parezcan conflictos acotados, están unidos a factores internacionales y transnacionales. La guerra clásica entre Estados o fuerzas políticas se desdibuja; la violencia organizada la ejercen grupos e incluso personas. La nueva política internacional presenta identidades particulares, con objetivos particulares y excluyentes en términos absolutos. Kaldor señala que las nuevas guerras son una mezcla de guerra convencional, crimen organizado, terrorismo, narcoterrorismo, violaciones de derechos humanos -como la trata de personas-, etc. No obstante, su aporte a la teo-

⁴⁴ Edward Luttwak: “Toward Post-Heroic Warfare”. *Foreign Affairs*, Mayo-Junio 1995, pgs. 108 y ss.

⁴⁵ Mary Kaldor: *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*. Tusquets, Barcelona 2001, pg. 48

ría de la guerra, la solución de Kaldor -la profesionalización de tropas cosmopolitas conformadas por el “soldado policía internacional” que protege a la humanidad- no deja de ser tributaria de la tradición iluminista más utópica, y no sólo no asegura soluciones, sino que trae más problemas.

En las nuevas guerras no hay reglas, ni limitaciones en el tiempo, ni batallas decisivas; es un conflicto prolongado y desterritorializado, pues la tónica no es la concentración de fuerzas sino su dislocación espacial y temporal. Es un conflicto bélico intrasocial y transnacional. Su mayor ejemplo es la guerra partisana internacional. Lo que las diferencia netamente de la guerra clásica es que la violencia no se ejerce mayoritariamente contra un enemigo armado y organizado, sino contra la población civil. La población desarmada es amedrentada y obligada a obedecer a los grupos armados, que muchas veces no se distinguen de las mafias.

Un autor importante como Van Creveld clarifica muy bien ese nuevo escenario: “La guerra se transformará en una experiencia directa para la mayoría de los civiles afectando a las personas de todas las edades y de ambos sexos. No serán afectadas en forma accidental o incidental como en el bombardeo estratégico, sino como protagonistas inmediatos, como blancos y víctimas”.⁴⁶

Un ejemplo extremo lo constituyen las misiones suicidas que caracterizan al terrorismo actual. A diferencia de los pilotos kamikaze japoneses, que atacaban exclusivamente blancos militares, los terroristas individuales suicidas atacan indiscriminadamente militares y civiles, con el fin de quebrar la moral y sembrar el terror. Los atentados se realizan estrellando vehículos, incluso aviones -como ocurrió en la Rambla de Barcelona o en las Torres Gemelas de Nueva York-o simplemente transformándose en hombre o mujer bomba, autoinmolándose en un local, una discoteca o un mercado urbano. La mayoría de estos suicidas son hombres jóvenes de todo origen y nacionalidad, absolutamente convencidos-más allá de sus creencias erróneas e irracionales- de que su autosacrificio favorece su causa o los intereses del colectivo con el que se identifican, y así lo considera el grupo al que pertenecen, para quienes son verdaderos héroes.⁴⁷

La guerra es una forma de vida y las economías de guerra se basan en el robo y el saqueo, a veces acompañado del exterminio físico masivo, las “limpiezas étnicas”, como sucedió en los Balcanes en los 90’ del pasado siglo. La consecuencia son colectivos humanos desplazados, campos de refugiados, hambre, miseria y enfermedades, por carecer de todo recurso. La guerra diluye toda frontera y contorno, no se sabe ya quién es combatiente

Prof. Horacio Cagni

UNTREF-CONICET
horacan@hotmail.com

⁴⁶ Martin Van Creveld: *La Transformación de la Guerra*. Edición Argentina, Buenos Aires 2003, pg. 274.

⁴⁷ Diego Gambetta (Comp.): *El sentido de las misiones suicidas*. Fondo de Cultura Económica. Méjico 2009, pgs. 366 y ss.

y no combatiente.⁴⁸ Al debilitamiento del Estado nacional moderno post westfaliano como actor principal de la política internacional, forzosamente debía sucederle el retorno al empiéreo propio de la Guerra de los Treinta Años.

Varios autores sostuvieron que la Segunda Guerra Mundial fue una guerra civil internacional, más precisamente en su faz europea. Lo afirman, entre otros, Ernst Jünger, Carl Schmitt, Ernst Nolte, Eric Hobsbawm, Enzo Traverso -que retrotrae su inicio a 1914-, y hasta pueden rastrearse sus orígenes en las guerras napoleónicas. Pero el fin del bipolarismo inauguró un mundo globalizado e interdependiente, donde se diluyeron las fronteras entre los conflictos interestatales e intraestatales, entre guerras civiles y conflictos internacionales, y entre guerra y paz, como bien apunta Hobsbawm.⁴⁹ La que sigue, la guerra post westfaliana, no trinitaria, post clauswitziana o post-estatal será una guerra civil posmoderna.⁵⁰

Nosotros tratamos de completar el concepto: *guerra civil posmoderna, fragmentaria y difusa*. Es una guerra civil, porque la unidad política es un mundo globalizado dentro del cual sucede el choque agonal de sus actores; posmoderna porque el Estado-nación es uno más entre los actores de las nuevas guerras; fragmentaria, porque las fuerzas centrífugas económicas, culturales y políticas en el seno de las sociedades terminan fragmentando los países; y difusa, porque la línea de amistad-enemistad pasa por cualquier parte, entre sectores sociales, áreas de recompensa o castigo, incluso dentro de las mismas ciudades, con impotencia creciente de los mecanismos estatales para controlar o detener la violencia, sea organizada o desorganizada. (Hay quienes hablan de guerra civil molecular).

Algunos autores sostienen que el siglo XXI ha retornado a los grandes temores medievales, catástrofes naturales, inseguridad, pandemias, donde la manipulación de bacterias y virus, incluso del genoma humano, acrecienta el riesgo del uso de armas biológicas. Para Thérèse Delpech, el hombre del siglo XXI está convencido de que el mal es un componente esencial de la historia, pero a la vez busca exorcizarlo, transformarlo en tabú y expulsarlo fuera del entorno. La paradoja es que el mundo actual no tiene fronteras fuera de las cuales arrojarlo; hay que convivir con el mal, experiencia cotidiana que genera angustia existencial. El miedo al futuro y la incapacidad de soportar la amenaza continua de la adversidad perturba los espíritus y desvaloriza a las cosas.⁵¹ La consecuencia es un presentismo continuo, frágil y desesperanzador.

⁴⁸ Herfried Münkler: *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*. Siglo XXI, Madrid 2005, pgs. 16-21.

⁴⁹ Eric Hobsbawm: *Guerra y Paz en el siglo XXI*. Editorial Sol 90/Ñ Clarín, Buenos Aires, pgs. 27 y ss.

⁵⁰ Jorge Giraldo Ramírez: *Guerra Civil Posmoderna*. Siglo del Hombre, Bogotá 2009, pgs. 57 y ss.

DIVERSIDAD

JUNIO 2018
14 - AÑO 9
ISSN 2250-5792

Siguen resonando las palabras de Francois Furet en su ultima carta a Ernst Nolte, de enero de 1997, en aquel memorable diálogo-debate, cuando escribía a su querido colega: “Este es el telón de fondo melancólico de este fin de siglo. Aquí estamos, encerrados en un horizonte único de la Historia, arrastrados hacia la uniformización del mundo y la alienación de los individuos en la economía, condenados a moderar sus efectos sin tener contacto con sus causas. La Historia resulta tanto más soberana en la medida en que acabamos de perder la ilusión de gobernarla”.⁵²

Está planteado el desafío de vivir y repensar nuestra época. Sólo hay que atreverse a asumirlo.

Fecha de recepción: Mayo 2018

Fecha de aceptación: Junio 2018

Prof. Horacio Cagni

UNTREF-CONICET
horacan@hotmail.com

⁵¹ Thérèse Delpech: El retorno a la barbarie en el siglo XXI. El Ateneo, Buenos Aires 2006, pg. 275.

⁵² Francois Furet-Ernst Nolte: Fascismo y Comunismo. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 1999, pg. 136.